

Pío XII y el Asesinato de los Judíos

A propósito de la comedia bufa
"Der Stellvertreter", escrita por
Rolf Hochhuth, judío alemán.

¿Historia o falsificación?

Eduardo Cárdenas, S. J. (1)

Compendiamos a continuación un documentado estudio que nos envía desde Roma el investigador P. Eduardo Cárdenas, S. J., sobre la absurda producción escénica titulada "El Vicario", en la que su autor el judío alemán Hochhuth intenta denigrar la Inmaculada figura de nuestro gran Pontífice Pío XII, acusándole nada menos que de complicidad en el exterminio de varios millones de judíos llevado a cabo por los nazis durante la pasada guerra. Una protesta formal del Papa —afirma gratuitamente Hochhuth— los hubiera salvado.

El P. Cárdenas prueba hasta la evidencia que una medida tal, no sólo no los hubiera salvado, sino que hubiera añadido a la actual lista de víctimas muchísimas más, dada la práctica seguida por Hitler en casos parecidos. Como esta lamentable pleza de propaganda anticatólica sigue su "tourné" por el mundo, a pesar de las protestas de toda persona decente, incluidos los mismos judíos, y no sería extraño que algún día llegara también a Centro América, nos ha parecido conveniente informar sobre ella a nuestros lectores y ponerlos desde ahora en guardia contra esta fantasía literaria, que de lo que menos tiene es de verdadera historia.

La persona del autor.

El que se atreve a enjuiciar ante la faz del mundo a quien hasta ahora había sido considerado unánimemente como el baluarte moral contra las pretensiones sanguinarias del mito racista de Hitler, es un joven escritor alemán, el cual durante la guerra y los hechos que narra era todavía un niño.

Prescindimos ahora de la buena o mala fe del autor. Muy poco tiempo antes de empezar a trabajar en su obra dramática, el escritor alemán estuvo ocupado en la edición de una obra profundamente anticatólica y blasfema, y también antisemita, del humorista alemán Wilhelm Busch (1837-1908). El historiador y sociólogo Edgar Alexander, autor del best-seller europeo de 1937, *El Mito de Hitler*, señala esta actividad anticatólica y antisemita de Hochhuth. Los dos gruesos volúmenes de las obras satíricas de

Busch, reeditadas por el autor de *El Vicario*, llevan además una introducción suya, en donde puede leerse textualmente: "No sólo se han abierto al editor inmensas posibilidades, sino que también se le han impuesto ciertas obligaciones: en concreto, la de producir una edición clásica que atrajera aun a los niños; una edición por tanto que despertara y satisficiera las más diversas demandas". Quizá para que la obra "atrajera aun a los niños", Hochhuth ha escogido las caricaturas y los pasajes más crudos del autor mencionado, el preferido, no sólo en los tiempos de Bismarck, sino también en los de Hitler, por sus crueles y burdas sátiras contra la Iglesia (América, nov. 1963; véanse allí mismo la protesta de los representantes de Hochhuth y la respuesta de Edgard Alexander).

Dudosa competencia histórica.

Parece bastante demostrado que Rolf Hochhuth no está libre de prejuicios contra la Iglesia Católica. La carga afectiva puede inducirle a una investigación que se contenta demasiado aprisa, o, lo que es peor, a una interpretación demasiado simplista de los acontecimientos. Alega en su favor una escrupulosa documentación; pero resulta violento admitir que con el material aducido pueda hacerse historia sobre un problema tan complejo como el que ha escogido para argumento de su drama. Se ha calificado la obra como "históricamente inexacta, enormemente exagerada, calumniosa y de un extremo mal gusto" (América, N. Y., nov. 2, 1963). La Agencia Católica de Noticias K. N. A. escribe: "Los católicos alemanes no pueden aceptar las mentirosas infamias y la propaganda calumniosa que mancha la reputación de Pío XII". La revista americana *Show* formula el siguiente juicio: "La crudeza del asunto vaticano de Hochhuth y las escenas allí representadas... son comparables a la más estereotipada propaganda comunista" (Ibid). Igualmente el obispo luterano Dibelius, comenta: "Se presenta ahora un

(1) Condensación del excelente estudio del P. Eduardo Cárdenas, S. J., titulado "Pío XII: historia o falsificación".

joven escritor, que evidentemente ni ha tenido experiencia ni ha probado lo que es tener una responsabilidad bajo la presión de un poder hostil totalitario, y escribe, cinco años después de la muerte del Papa, una obra teatral en la que apunta su dedo contra ese Papa: "él fue responsable del hecho de que millones de judíos perecieran; debería haber hablado abiertamente; se le rogó que hablara; no lo hizo. Y entonces vinieron los terribles crímenes de las cámaras de gas! Culpa del Papa, de él solo..." El obispo Dibelius concluye: "es un sistema demasiado barato y extremadamente ingenuo de hacer historia". (*Berliner Sonntagsblatt*, abril 7, 1963).

Si el escritor ha querido hacer historia, nos parece que ha simplificado demasiado los problemas. Cualidad fundamental del historiador es la complejidad mental que lo induce a una búsqueda agotadora de material histórico y a una interpretación lo más objetiva posible de los documentos encontrados. Ahora bien, el material aducido por Hochhuth como apéndice al drama es evidentemente no sólo incompleto, sino muy escaso; por citar un ejemplo contemporáneo, basta hojear la bibliografía de dos obras recientes históricas: la "Historia del mundo contemporáneo", de Jean Salis, o "Hitler", de Allan Bullock: los escritores se afanaron por buscar y consultar en todos los archivos las fuentes de sus obras, y aun así sabemos que, no obstante la buena calidad de las mismas, aún quedan aspectos no completamente documentados; ¿cómo quiere Hochhuth hacer obra histórica si no ha consultado precisamente lo que debía consultar? Nos referimos a los archivos vaticanos, en donde nos consta ciertamente que no ha trabajado. No es honesto presentar como conclusiones definitivas su propio punto de vista, fundado en una documentación ampliamente incompleta.

Por lo demás, a este "escrupuloso" investigador de documentos le falta la primera condición (aunque no es la más importante) de todo hombre docto en estudios históricos: el saber idiomas. Todos los "documentos" que pretende haber visto y que no estuvieran escritos originalmente en alemán, debió conocerlos a través de traducciones. Esto solo es suficiente para obligarle a descender del pedestal de "investigador" al que falsamente pretendió subirse.

Tiene derecho Hochhuth a llevar al teatro la figura de un Papa, a condición de que, si pretende que la pieza sea histórica o por lo menos digna del arte dramático, sepa manejar con maestría el argumento; mas cuando incurre en ciertos errores burdos que acusan un verdadero desconocimiento del tema, se le niega ese derecho por incapacidad o intelectual o moral. "Lo más benévolo que puedo decir sobre Hochhuth, escribe John M. Oesterreicher, Director del "Instituto Judeo Cristiano de Estudios" en Seton Hall University, es que la persona del Papa y su problema le resultaba (a Hochhuth)

demasiado pesada" (*América*, nov. 9, 1963). Trae algunos ejemplos: como cuando el Papa manda "ex cathedra" (sic!) al jesuita Fontana no llevar la 'estrella de David', o como cuando dice que los Ejercicios de S. Ignacio son una parte... del Breviario! Recomendamos la lectura del artículo de Oesterreicher (*América*, nov. 9, 1963, pp. 570-582), para medir las dimensiones de "El Vicario".

El papel de la fantasía.

Tanto Hochhuth como el director de la obra, Erwin Piscator han declarado atenerse escrupulosamente a la realidad histórica. Pero entonces no se entiende por qué ejercen el derecho de la libre creación fantástica, propia de toda obra artística. Sólo cinco personajes, según declara el autor, son de estricta factura histórica: mientras el jesuita Fontana, antagonista moral y material del Papa, y el encuentro que ambos celebran, núcleo esencial de la tragedia, son fruto de libre fantasía creadora.

Si Hochhuth se atuvo "escrupulosamente a la realidad histórica", no se ve por qué toda la obra está inspirada en una continua tendenciosidad. A este propósito escribe el *New York Times*: "Es difícil creer que el Pontífice pueda haber sido aquella caricatura fría, insípida, banal, que Hochhuth nos presenta"; y Walter Kerr, en el *New York Herald Tribune*, deplora que el autor haya presentado a Pío XII como un personaje tan débil frente a las acusaciones que se le imputan. (*Concretezza*, Milán, nov. 1, 1963). De igual modo la Asociación para la colaboración judeo-cristiana ha protestado ante el gobierno de Bonn para que se retire ese drama, definiéndolo como "un espectáculo históricamente equivocado y decadente" (*ibid.*). A su vez, el Sínodo de la Iglesia evangélica alemana reunido en Bielfeld en marzo del año pasado, hizo la siguiente declaración: "Juzgamos particularmente escandaloso que precisamente dentro del pueblo alemán, la acción del Papa venga a falsificarse y por ello sea profanada su memoria". Porque, en efecto, quien conoció a Pío XII, no puede admitir aquella caricatura de un hombre que se mueve exclusivamente por los intereses del dinero de los jesuitas y el ansia de dominio temporal. El juicio expresado por *Time* es a este propósito bastante severo: "Con su cruda e inepta dramaturgia, El Vicario no presta ningún servicio al teatro; y como polémica podría haber sido un admirable estímulo de la conciencia". Seguidamente el articulista razona con mucha sutileza esa afirmación: "Hochhuth trata de atacar a Pío XII porque le faltó el poder de la fe, pero en realidad lo ataca por haberle faltado la fe en el poder" (*Time*, marzo 6, 1964). Terciando en el debate suscitado en Londres con ocasión de representarse El Vicario, Sir D'Arcy Osborne, ex-embajador de In-

glaterra ante la Santa Sede, hizo esta declaración para el *Times*: "El Papa Pío XII tenía una personalidad ardiente, humana, afable, generosa; nunca en mi larga vida he tenido el privilegio de conocer una persona tan cercana a la santidad. Sé que su alma sensible era profunda y continuamente consciente del trágico volumen de sufrimiento humano causado por la guerra, y no tengo la menor duda de que habría ofrecido su vida sin titubeos y con alegría para redimir a la humanidad de las consecuencias de la guerra" (*Times*, mayo 20, 1963). El obispo Di-belius dice a su vez, recordando la visita que hizo al Papa en enero de 1957: "El Papa Pío XII que yo conocí es muy distinto de lo que nos presenta Hochhuth" (*Die Kirche*, citado por *América*, nov. 9, 1963).

La labor de Pío XII en favor de los judíos, enjuiciada por éstos.

Llama mucho la atención que no han sido precisamente las víctimas, los judíos, sino un alemán de última hora, quien ha protestado contra el silencio cómplice del Papa. Oigamos en cambio los testimonios de las víctimas.

1. Carta del judío Pinches E. Lápile, residente en Jerusalén, oficial de la Brigada Judía que combatió en Italia, escrita con ocasión de las representaciones de El Vicario. Después de presentarse y hablar de la actividad del Papa Pío XII en favor de su pueblo, el judío mencionado copia la carta de agradecimiento que los ancianos del campo de concentración Ferramonti-Tarsia enviaron al Papa en nombre y a petición de todos los internados. El lugar, cerca de Cosenza, en Italia meridional, con 3200 prisioneros: "Santidad: después de que las tropas victoriosas rompieron nuestras cadenas y nos libraron de las prisiones y de los peligros, séanos permitido a nosotros, judíos internados de Ferramonti, expresar nuestro agradecimiento, profundamente sentido y devoto, por el consuelo y ayuda que Vuestra Santidad con paternal cuidado e infinita bondad, se había dignado concedernos en los años de concentración y sufrimiento. Mientras nosotros en casi todos los países de Europa éramos perseguidos, encarcelados, amenazados de muerte por nuestra pertenencia al pueblo judío, Vuestra Santidad, por medio de S. E. el Nuncio apostólico, Mons. Borgogini-Duca, el 28 de mayo de 1941 y el 27 de mayo de 1943 no sólo envió al campo, dones considerables y generosos, sino que también demostró vivo interés paternal por nuestro bienestar corporal, espiritual y moral. Vuestra Santidad en tal forma, como suprema autoridad en la tierra, frente a nuestros entonces poderosos enemigos, levantó intrépidamente la voz venerada en todo el mundo, para defender abiertamente nuestros derechos a la dignidad humana,

infundiendo nueva confianza a cuantos de nosotros estábamos a punto de desesperar y reforzando en todos nosotros la fe en el triunfo de estos ideales. Cuando en 1942 nos amenazaba la deportación a Polonia, Vuestra Santidad extendió su paternal mano protectora sobre nosotros, impidiendo la deportación de los judíos internados en Italia y nos salvó así de una muerte casi segura. El Director de los judíos internados del excampo de Ferramonti-Tarasía, fdo. Jan Hermann, fdo. Max Pereles. Octubre 1944" (*L'Osservatore Romano*, marzo 1, 1964).

2. El Gran Rabino de Roma, Zolli, abrazó la religión católica, conmovido por la obra del Papa; y quiso adoptar en el bautismo el nombre de Pío Eugenio.

3. El 29 de noviembre de 1945 un grupo de 72 judíos que habían regresado de Alemania, de los campos de concentración, agradeció al Papa con emoción su ayuda generosa y le obsequiaron algunos álbumes, escritos bíblicos y otros modestos obsequios de agradecimiento (*ibid.*).

4. El 26 de mayo de 1955, una orquesta filarmónica israelita, dirigida por Paul Kletzki, compuesta por 95 judíos de 14 diferentes países, ejecutó delante de Pío XII la 2ª parte de la 7ª Sinfonía de Beethoven "en reconocimiento y agradecimiento por la grandiosa obra humanitaria cumplida por Su Santidad para salvar un gran número de judíos durante la segunda guerra mundial" (*La Civiltà Cattolica*, 1955, II, 667).

5. El Gran Rabino de Rumanía, Dr. Safrán, declaró que la mediación del Papa, a través del Nuncio Apostólico Mons. Cassulo, "nos salvó del desastre en el momento en que las deportaciones de los judíos eran cosa resuelta" (*L'Osservatore Romano*, feb. 22, 1948).

6. El día mismo de la muerte de Pío XII, el ministro israelita en asuntos extranjeros, señora Golda Meir, agradeció al Papa haber levantado la voz en favor de los judíos. "Ella entendía por 'voz' las numerosas intervenciones del Papa en favor de los judíos y consideraba así esta 'voz' como más preciosa que una protesta pública" (*Stimmen der Zeit*).

7. El Gran Rabino de Roma, Elio Toaff, declaró a la muerte de Pío XII: "Más que ningún otro, nosotros tuvimos la oportunidad de experimentar la gran bondad compasiva y la magnanimidad del Papa, durante los tristes años de la persecución y del terror, cuando nos parecía que ya no existía solución para nosotros".

8. Más de cerca el Papa pudo ejercitar su "bondad compasiva" con los judíos de Roma y de Italia. Hacemos un resumen de las actividades pontificias, tomándolas del artículo del P.

Leiber en *Stimmen der Zeit*, y que apareció en francés e italiano en *La Documentation Catholique* y *La Civiltà Cattolica* (marzo y abril de 1961).

El 26 de septiembre de 1943 se impuso a los judíos de Roma la obligación de entregar 50 kilos de oro en el espacio de 36 horas, y de lo contrario 200 judíos serían deportados. Inmediatamente el Papa ofreció cubrir la cantidad necesaria en caso de que faltase. Cuando a mediados de octubre empezó la razzia brutal e infame contra los judíos de Roma, Pío XII dio orden a las casas religiosas de la Urbe de abrir sus puertas a los perseguidos; una lista verificada en 1946 da el número de 100 casas religiosas que brindaron protección a los perseguidos, incluso algunas de religiosos alemanes. En el Vaticano, en Letrán y en San Pablo extramuros, lugares extraterritoriales, se refugiaron varios centenares de judíos; en noviembre la Gestapo hizo una irrupción violenta en San Pablo, atropellando los derechos de extraterritorialidad. El P. Leiber menciona dos instituciones de caridad asistencial eclesiástica o pontificia: la obra de San Rafael y la DELASEM. La primera hizo llegar su ayuda a unas 25,000 personas, judíos o no; en concreto facilitó la emigración a América de 1500 judíos; el Brasil facilitó, valiéndose del Vaticano, pasaportes a varios millares de judíos cristianos. La DELASEM era al principio una organización judía, con sede en Génova. Al dispersarse por la ocupación alemana, los judíos lograron salvar sus fondos que entregaron al Cardenal Pedro Boetto, arzobispo de Génova: entre 150 y 200 millones según el valor actual; el Cardenal hizo llegar la suma a la Nunciatura Apostólica de Italia, suma que se empleó exclusivamente en provecho de los judíos. Independientemente de esta suma, el capuchino P. Benoit de Bourg d'Ire quedó encargado del trabajo práctico: por sus manos pasaron 25 millones de liras de entonces (hoy una cantidad fabulosa) en favor de los judíos. Este dinero provenía en parte de la fortuna personal de algunos judíos ricos y del Papa Pío XII, que había recibido grandes sumas del Catholic Refugee Committee americano. El P. Leiber calcula que la cantidad gastada por el Papa en favor de los judíos perseguidos se eleva a dos mil quinientos millones de liras actuales, más de cuatro millones de dólares.

:

9. Los socorros suministrados por el Papa a los judíos, continúa el P. Leiber, no empezaron por primera vez sólo en 1943. Continuando la obra de Pío XI, desde la primavera de 1939 los registros del Vaticano hacen mención de innumerables casos de intervención papal en favor de los judíos, particularmente en Alemania, y de socorros de dinero dado a los mismos. Muchos de estos casos fueron examinados per-

sonalmente por Pío XII; este aspecto de su actividad exigiría él sólo una exposición especial.

10. La Oficina de Información del Vaticano estaba también a disposición de los judíos. En la sección alemana de la Oficina se había creado una sección especial para ellos, a causa de las numerosas peticiones de información sobre su suerte en Alemania, peticiones que provenían de Palestina, Hungría, Rumanía, Australia y de otros lugares. De 1941 a 1945 hubo 102,026 consultas, a las que la Oficina Vaticana pudo responder en número de 36,877 casos. La diferencia entre el número de demandas y de respuestas se debe a que en Alemania no se podían emplear los métodos normales de investigación, si no se quería exponer a peligro a las personas que hacían las investigaciones.

La situación del Papa.

Esto es precisamente lo que hay que considerar. Pío XII veía más lejos. He aquí cómo explica su actitud el P. Leiber, S. J., quien, por su prominente posición cerca del Papa durante todo este periodo, pudo conocer y compartir las angustias del Sumo Pontífice.

"Por lo que recordamos, Pío XII no denunció durante toda la guerra sino una actuación contraria al derecho, cuando por su famoso telegrama a los jefes de estado de Holanda, Bélgica y Luxemburgo denunció la invasión de estos tres países por las tropas alemanas. Por lo demás, como su predecesor Benedicto XV en el curso de la primera guerra mundial, tomó como norma protestar de un modo general contra la injusticia y la violencia de dondequiera que vinieran. En una guerra, las protestas públicas del Papa son siempre utilizadas sin escrupulo por uno de los adversarios contra el otro, con fines puramente políticos, a saber, en un sentido que el Papa no tenía intención de darles. Además, si el Papa condenaba públicamente un acto determinado, podía verse obligado, para no aparecer injusto y parcial, a renovar indefinidamente su protesta toda vez que se produjese un caso parecido. ¡Cuántas veces no se habría encontrado Pío XII en esta situación durante la guerra! En cada caso, el Papa debía pesar el pro y el contra, para saber si no valía más no decir nada en orden a evitar males mayores. Una declaración pública de Pío XII contra la persecución de los judíos, cuando se cometía ante sus propios ojos y bajo las ventanas mismas del Vaticano, habría ciertamente tenido mucho efecto en el momento, y más tarde, aunque muchos sean escépticos en este punto. Pero el Papa debía también tener en cuenta los perjuicios que acarrearía una protesta tanto a los judíos como a la Iglesia y los católicos, en Roma y en todos los territorios ocupados por Hitler" ("Pío XII y los judíos de Roma", en *Stimmen der Zeit*, art. de R. Leiber, S. J., marzo 1961).

El Papa pensaba en los millares de judíos ayudados secretamente por las Nunciaturas, los sacerdotes, los religiosos. Una protesta suya habría suprimido de golpe toda esa corriente benéfica. Otro tanto ocurrió con la Cruz Roja, que precisamente para no ver descartada definitivamente su asistencia, guardó mucha circunspección al respecto. Habría que decir que el Papa se enfrentó a un dilema cruelmente negativo: escoger el menor de los males: o una represalia brutal o el silencio; prefirió el silencio. Pero esto mismo requiere una explicación.

Efecto contraproducente de otras protestas.

Para que se entienda la dolorosamente compleja situación del Papa, aduciremos algunos ejemplos del resultado final de las protestas. Cuando después de la ocupación de Polonia Pío XII envió algunas cartas para confortar a los fieles, el arzobispo de Cracovia, futuro Cardenal Spieha, rogó al Santo Padre abstenerse de tales manifestaciones de paternal afecto, que eran seguidas de un recrudescimiento persecutorio contra los fieles (*L'Osservatore Romano*, abril 5, 1963). Los mismos humillados y atropellados eran los primeros en aconsejar que no se hablara, o, como dijo el embajador de Francia Wladimir d'Ormesson, "el Papa debía expresarse en filigrana" como el único modo de no agravar la suerte de aquellos a quienes quería ayudar y como el único camino concedido para poder continuar hablando. Otro ejemplo de las consecuencias de una protesta lo ofrece la situación de los judíos en Holanda. En el verano de 1942, los obispos católicos holandeses, en un mensaje leído desde todos los púlpitos de Holanda, llamaron la atención de los fieles sobre la condición de los judíos y de los condenados a trabajos forzados. No bien anunciaron que un día Dios haría justicia y rogaron a sus fieles para que el atribuladísimo pueblo judío fuera fortalecido, que los deportados y sus familias fueran confortados, cuando el Reichskommissar declaró que la carta de los obispos era traición y blasfemia. Y supo cómo silenciarlos. Halló el más poderoso resorte: dejando tranquilos a los obispos hizo una redada de todos los católicos laicos de sangre judía, religiosas, religiosos y sacerdotes y los envió al 'Oriente', es decir, a las cámaras de gas o a las minas de sal (Reportaje de John Oesterreicher, en *América*, nov. 9, 1963). Entonces pereció una víctima famosa, Edith Stein.

La carta al obispo de Berlín.

El 30 de abril de 1943, Pío XII escribió una larga carta a Mons. Conrado von Preysing, que le había consultado sobre la conducta que deberían seguir adoptando los obispos frente al terror antisemita y anticatólico del régimen. Si se lee esa carta con serenidad, se puede concluir, primero, que los íntimos deseos de Pío

XII eran de aliviar al menos la situación creada contra los perseguidos, y, segundo, que motivos incontrolables imponían al Papa una cautelosa conducta. "No es culpa nuestra, dice, si la total equidad delante de todos los problemas suscitados por la guerra Nos obligan ahora, cuando Alemania es la más afectada por los ataques aéreos, a emprender una discreta mediación, independientemente del hecho que las autoridades alemanas a seguidas de la presencia en Roma del arzobispo de Nueva York, o mejor, a seguidas de los rumores que corrieron a propósito de su visita a Roma, han hecho saber públicamente que Alemania no estaba interesada en los esfuerzos del Papa por volver menos inhumana la guerra... No llegamos a entender qué motivos han podido obligar a las autoridades alemanas a cerrar el acceso del territorio alemán a las obras pontificias"...

Con Hitler y los nazis...

Se ha escrito que frente a la enormidad de los crímenes hitlerianos —sobre lo que Pío XII estaría bien informado— el Papa, como jefe de la religión católica debía haber intimado a Hitler un ultimátum: o de suspender el exterminio de los judíos o de amenazarlo con una solemne condenación que provocaría la insurrección de la conciencia católica en toda Europa, comenzando por Alemania (así, p. ej., *Il Mondo*, Roma, febrero 18, 1964). Hochhuth insiste en que al menos durante el tiempo que siguió a la ocupación de Roma por las tropas aliadas se debía haber producido semejante condenación. En respuesta a von Kassel, Hochhuth alega que las actuaciones del obispo de Münster, Mons. von Galen, las actuaciones conjuntas de los católicos y protestantes en Berlín (todo ello en la etapa de las ruidosas victorias alemanas), la intervención de los Nuncios en Bratislava, Rumanía y Hungría lograron suspender en gran parte la continuación de los atropellos.

Ante todo, Hochhuth plantea sólo parcialmente el problema. Una cosa es juzgar la situación a veinte años de distancia desde la mesa de trabajo, y otra haberse encontrado en la entraña viva del conflicto. Una declaración de Pío XII "podría" haber salvado la vida de millares de judíos; pero igualmente podría haber desencadenado una represalia aún más brutal; le era facilísimo a Hitler apelar al "chantaje". Y hoy Hochhuth también podría escribir en otro El Vicario, la historia de un Papa "que por exhibicionismo político y por imprevisión psicológica tendría la culpa de haber desencadenado sobre el mundo, ya bastante atormentado, una ruina más vasta con el daño no tanto propio cuanto de innumerables víctimas inocentes" (Carta del Cardenal Montini a *The Tablet* de Londres). La familia judía berlinesa Wolfsson, refugiada en un convento de Roma, preguntada después de la liberación, hizo esta declaración: "Ninguno

de nosotros quería que el Papa hablase abiertamente. Todos éramos fugitivos y los fugitivos no desean que nadie los señale con el dedo. La Gestapo se habría sentido más excitada y habría intensificado sus pesquisas... Fue mejor que callara el Papa. Todos pensábamos entonces así y seguimos siendo del mismo parecer" (*Concretezza*, noviembre 1, 1963).

Una protesta del Papa, así, espectacular, clamorosa... Fácil es simplificar el problema. ¿Habría sido la última! ¿Qué costaba a Hitler destruir el único medio de comunicación pontificio, que era la Radio Vaticana? Para que se vea que no hablamos sobre hipótesis, aduciremos casos elocuentes y concretos.

El Papa fue informado durante la ocupación nazi de Italia que se proyectaba incluso la violencia sobre su persona. Dice von Kassel, ayudante de campo del embajador alemán ante la Santa Sede: "Finalmente nosotros, es decir, todos los miembros de la embajada alemana ante la Santa Sede, estábamos de acuerdo en esto: una protesta encendida de parte de Pío XII contra la persecución de los judíos, seguramente lo hubiera colocado a él y a la Curia en extremo peligro, y ciertamente en esa lejana fecha —agosto 1943— no hubiera salvado la vida de ningún judío".

Aducimos la cita no para decir que el Papa callaba por temor a un atropello contra su persona; desde el principio de la guerra había declarado su decisión de afrontar todas las consecuencias; defendiendo su propia obra pacificadora declaró con serena firmeza al embajador Dino Alfieri, nombrado representante ante el gobierno de Berlín: "Suceda lo que se quiera. Nada tenemos absolutamente que reprocharnos y ni siquiera tememos marchar a un campo de concentración" (Lo cuenta Mons. Alberto Giovannetti, *Il Vaticano e la guerra*, p. 170). Pues bien, el Papa sabía qué clase de sentimientos nutría Hitler y los nazis con relación a la actitud de la Santa Sede; podía concluir a priori no sólo de la inutilidad sino aun de las serias consecuencias de una intervención clamorosa (Von Kassel añade que la locura de Hitler había llegado al extremo de pensar en una eliminación del Papa si se negaba a sus presiones; la disculpa estaba formulada con estas palabras: "eliminada mientras trataba de escapar", cf. *Die Welt*, l.c.).

Tenía el Papa pleno derecho a pensar que una protesta de esas dimensiones, mientras el nazismo se embriagaba de triunfos desde Africa hasta Stalingrado, habría sido calificada como propaganda antigermánica; esa "insurrección de la conciencia católica de Europa empezando por Alemania" es una fórmula bella, pero simplista; el nazismo tenía medios suficientes para impedir el conocimiento o la difusión de la protesta; podía gritar que el Papa se había vendido al oro judío y al imperialismo anglosajón; que el

Papa calumniaba la obra del régimen... y cuantas cosas más. Y la "insurrección" que hoy nos parece tan sencilla, podía ser fácilmente aplastada; esto es supervalorar el poder de los católicos bajo un régimen que violaba continuamente el concordato.

Una protesta cuando el poderío hitleriano empezaba a cuartearse ya "cuando las fábricas de muerte mantenían encendidos todos sus hornos", habría sido aun psicológicamente un paso desastroso. El testimonio de Von Kassel nos presenta a Hitler en aquel tiempo "como un animal salvaje, acorralado por los aliados, y dispuesto —ógase bien— a cualquier acto de histeria y crimen... Hitler habría reaccionado del modo más cruel si encontraba resistencia" (Cf. l.c.).

Tres días después de la ocupación alemana de Roma, fue nombrado el mariscal Kesselring como comandante en jefe para el Sur. Declaró que la parte de Italia que le estaba sujeta era "territorio de guerra". Siete días después, el 19 de septiembre, el comando de la Wehrmacht exigía 6,000 rehenes en compensación de 6 soldados alemanes hospitalizados que se decía habían sido asesinados. El Cardenal Maglione, secretario de Estado de la Santa Sede, intercedió ante el embajador alemán para impedir el monstruoso crimen proyectado, a lo que respondió el mismo embajador: "Ha sido mi actitud constante, en interés mismo de la Santa Sede, tener a ésta fuera de los límites de tales cuestiones... En el cuartel general del Führer (de donde había venido la orden) no entenderían la razón de semejantes peticiones". Lo que equivalía a notificar al Vaticano que una "intromisión" pontificia acarrearía graves reacciones. Tales eran los sentimientos que se nutrían; si se rechazaban hasta los pasos diplomáticos ¿cuáles habrían sido las repercusiones de una protesta cuando empezó la razzia antisemita? (Ver *L'Osservatore Romano*, abril 5, 1963).

Otro documento muy ilustrativo, sobre todo por la fuente de donde viene, es del Dr. Robert M. W. Kempner, exdiputado de los EE. UU. y Jefe del Consejo para los criminales de guerra en Nüremberg, quien hace las siguientes aclaraciones:

"Pío XII sabía que las advertencias de Roosevelt y Churchill de que los asesinos de los judíos encontrarían castigo, habían sido totalmente inútiles. Los altos funcionarios nazis incluidos en la lista de Nüremberg habían reaccionado ante tales advertencias con expresiones como éstas: 'Me siento honrado'; 'Póngase esto en mi hoja de servicios'" (*Herder Korrespondenz*, enero 1964). La misma fuente ofrece un ejemplo de una posible reacción nazi ante una protesta del Papa; se trata de un telegrama enviado por Ribbentrop al embajador Weizsacker: "quede claro que al Gobierno del Reich no le faltaría material de propaganda para tomar ade-

cuadas medidas capaces de contrabalancear toda acción intentada por el Vaticano contra Alemania". Una de aquellas "medidas capaces" pudo ser el martirio de tres mil sacerdotes católicos de Alemania, Austria, Polonia y Francia, martirio que no pudieron impedir los esfuerzos de la Santa Sede (En una resección del libro anunciado por B. M. Kempner, *Crónica de los sacerdotes mártires*). El Dr. Kempner concluye: "Todo movimiento propagandístico de la Iglesia contra el Reich de Hitler habría sido no sólo una 'provocación suicida' como Rosenberg ha declarado, sino que habría provocado el exterminio de muchos judíos y sacerdotes".

Un ejemplo que puede ilustrar cuál habría sido la reacción salvaje homicida de Hitler la encontramos en un hecho acaecido en 1938. Un joven judío, deseando llamar la atención del mundo sobre las incalificables tribulaciones de su pueblo, asesinó a un suboficial alemán de la embajada de París. Los nazis reaccionaron incendiando y demoliendo 250 sinagogas, destruyendo más de 800 almacenes y deportando a campos de concentración a 20,000 judíos. Podemos imaginar la retaliación, la represalia hitleriana a una protesta espectacular de Pío XII (America, nov. 9, 1963, p. 577).

La voz que Hochhuth no quiere oír.

Los radiomensajes natalicios que cada año de su doloroso pontificado dirigió el Papa Pío XII al mundo, se hicieron clásicos. Especialmente durante la guerra tenían una peculiar resonancia. En el de la Navidad de 1942, cuando el poderío nazi hacía alardes de una prepotencia invencible, Pío XII evocó textualmente "los centenares de miles de personas que sin falta alguna de su parte, por sólo el hecho de su nacionalidad o de su origen étnico son arrojados a la muerte o a una progresiva extinción". Refiriéndose a este pasaje, cuatro meses más tarde el Papa escribía al obispo de Berlín: "En favor de los no arios católicos, así como de los de religión judía, la Santa Sede ha ejercitado en la medida de sus posibilidades una acción caritativa en el plano material y moral... En nuestro mensaje de Navidad hemos dicho una palabra sobre lo que actualmente se hace contra los no arios en los territorios sometidos a la autoridad alemana; fue corta pero ha sido bien comprendida".

Que el Papa se refería precisamente a la brutalidad de los nazis, en sus condenaciones de los atropellos cometidos contra la humanidad, se prueba además por la resonancia que se daba en territorio aliado a los mensajes pontificios. Cuando por ejemplo el Papa habla del "fácil desprecio de las normas sancionadas por convenciones internacionales y de las más inviolables de la conciencia cristiana y civil, al negarse de la manera más inhumana el trato debido aun a los vencidos", cuando condenaba "formas

de lucha que no pueden ser designadas sino como "atrocidades", cuando clamaba que "asistimos de nuevo al encuentro del primitivo cristiano con el paganismo" ¿a quién se refería todo ello? Todas estas palabras, tomadas textualmente de sus discursos, son eco de la formidable encíclica de Pío XI contra el nazismo, que Pío XII, siendo Secretario de Estado ayudó a redactar. Otra cosa es que el Papa, precisamente para evitar mayores males, se abstuvo de alusiones específicamente concretas de personas o naciones. Esta era ciertamente la intención de Pío XII, que nadie hasta ahora había puesto en duda. Por ello en el discurso del 2 de junio de 1945, el Papa se expresó así: "Durante la guerra nunca omitimos, sobre todo en nuestros mensajes, contraponer a las ruinosas e inexorables aplicaciones de la doctrina nacional-socialista que llegaban a valerse de los más refinados métodos científicos para torturar y suprimir personas frecuentemente inocentes, las exigencias y las normas indefectibles de la humanidad y de la fe cristiana. Era ésta para Nosotros la más oportuna y podremos decir la única vía eficaz de proclamar delante del mundo los inmutables principios de la ley moral".

Después de todo esto ¿el Papa fue un criminal? ¿Por su culpa perecieron millones de judíos? Habrá que decir con Don Quijote: "O Sancho miente o Sancho sueña..." Apoyado en la seguridad incommovible de quien tiene razón, Pablo VI aprovechó su permanencia brevísima en la Ciudad Santa de Jerusalén para exaltar, en un momento en que el mundo estaba pendiente de sus palabras y de sus actitudes, la memoria de Pío XII y deplorar la campaña calumniosa que contra él habían desatado ciertos espíritus malévolos.

Cui bono? — ¿A quién aprovecha el escupir a la blanca figura del augusto Pontífice? No es difícil hallar una respuesta clara: a los eternos enemigos de la Iglesia.

Es ya muy antiguo y de reconocida eficacia este sistema. Las figuras señeras del Catolicismo mundial están ya habituadas a ser víctimas de la doble conjura del silencio ignorando sus méritos y sus obras) y de la calumnia, y aceptan de corazón esta doble persecución como parte de la preciosa herencia que les legó Cristo Nuestro Señor. Pero, a pesar de ello, no dejamos de sentir todos los cristianos este trato injusto de que son objeto y sentir más el que las salpicaduras pretenden subir tan alto que alcanzan a veces al mismo Jefe de la Iglesia, al Vicario de Cristo en la tierra.

Concluuyamos: junto a los consabidos mitos históricos de Felipe II el sanguinario, de Lutero el hombre intachable y austero reformador, de Franklin Delano Roosevelt el gran filántropo; junto al del "padrecito" Stalin y a otros muchos ya caídos, hoy se pretende crear uno más: el de Pío XII, el perseguidor de los judíos.